

Insistiremos, antes de continuar adelante, sobre el hecho de que vamos a votar por el que nos "salva". La afirmación es característica de la política de los últimos años, desde que las grandes masas del país se dividieron en formas opuestas de "hacer gobierno". Cuando el que escribe era joven —también el siglo era joven— lo mismo era "chicha que limonada" a pesar de que el adagio popular establece lo irreconciliable de tales términos. Era igual votar por don Cleto que por don Ricardo, pues, generalmente, los gobernantes ejercían el poder partiendo de principios semejantes: acomodo a la pobreza, adelanto evolutivo, austeridad en los gastos, modestia en los proyectos, etc. Todo ello propendía hacia el bienestar de un pueblo pobre. El Estado era guía, casi espiritual, y la población en forma sosegada, iba construyendo la República a trompicones y jadeos. No salimos de la pobreza; como todavía no hemos salido, pero al menos el sufragante dormía tranquilo y el problema de escoger no tenía nexos alguno con su mayor o menor progreso, riqueza o pobreza.

Aunque, a simple vista, y medida esta función gubernamental con ojos modernos y evolucionados, el asunto parece de un aldeanismo de espanto, lo cierto fue que el país realizó obras de gran envergadura, gusto, belleza y ejemplarizante impronta, que nos valió un gran prestigio mundial: éramos una democracia rural de encanto. Estuvimos a media pulgada de ser el Paraíso de nuestros primeros padres.

Después, y al mediar el siglo, Costa Rica cambió de sistema: la aparición de un conglomerado nacional que urgía de servicios inmediatos; la ofensiva hacia un progreso acelerado; el afán de ponernos en condiciones totalmente distintas a nuestras prácticas y explotaciones agrícolas usuales; el "reto" de marchar al compás de un mundo que surgía de la Segunda Guerra Mundial, creó una honda división nacional. Existen, pues, dos gigantescas aglomeraciones alrededor de dos técnicas distintas. El costarricense debe afiliarse, según su criterio y según su propósito y labor, a una de las dos. El hecho de ser tan opuestas las miras que engendran ambas tendencias, al escoger por alguna de ellas, considera que se "salva", pues se cobija dentro del grupo que ejerce el sistema evolutivo. La fundamental razón que separa ambas, estriba en un asunto de "velocidad", ya que si bien se mira, coincidiendo las dos en el bien común, uno lo hace a "rajatabla" y el otro, con "parsimonia", para usar el término feliz de un ex presidente que logró concretar en esta palabra toda la filosofía de su ponderación ante la encrucijada nacional.

La verdad, la suprema realidad de todo esto, estriba en que a pesar de los cambios en nuestras estructuras, la primigenia labor del costarricense, la antigua, la ruda, la fatigosa labor agrícola de nuestros viejos capitanes, sigue, a pesar de tanta maroma, siendo en el presente y hasta en el futuro, la suprema razón de nuestra razón económica.



JOSE MARIN CAÑAS

— II —

# Los últimos cien metros

Esta forma nueva intelectual y espiritual del sufragante, indica a nuestros ojos, que ha desaparecido el "personalismo", y han aparecido los "programas". Ahora se exige que cada aglomeración de gente alrededor de un punto, conozca el "programa". La presencia del "hombre" que era la razón básica del "personalismo", se ha esfumado en el transcurso del tiempo. Sigo siendo "personalista", porque creo en el "hombre", por encima de las leyes, de los esquemas, de las planificaciones, de las tendencias. Mi tesis —totalmente olvidada ya dentro del pensamiento de vanguardia— es la de que el "hombre" lo es todo.

La colocación de programas delante de los ojos del sufragante, equivale a colocarlo en la disyuntiva de "qué es lo que más le conviene a él". Hemos, por lo tanto, desechado la pregunta de "qué es lo que más le conviene al país". Y al decir país, lógico es deducir, que no se trata del sufragante en sí, sino de todos y de cada uno, que al fin y a la postre la patria la arman los vivos y los muertos por igual, ya que los primeros están custodiando lo que heredaron de los segundos. La enorme e irremediable duda del "programa", es que se trata de un documento escrito sobre papel. Y ya se dijo que el papel aguanta lo que le pongan.

Esto se ha agravado en forma irremediable con el "pago adelantado de la deuda política", pues "a priori" establece la presencia del dinero necesario para toda campaña política, en puntos polarizados. El problema de esta nueva estructura constriñe de antemano los campos a los que hay que adherirse. Los otros partidos que se diseminan, en un intento de librarse de la asfixia, en el fondo, aunque encabezados por distintas personas, están involucrados en la temática rígida de las dos formas interpretativas del futuro gobierno. Un análisis, que el

lector podría hacer en su casa, llegaría a esta misma situación. Derde luego, contando con el eterno grupo rebelde, que nació en el "civilismo", continuó con el "reformismo" y terminó en el "comunismo", que a su vez y por esta vez, se bifurca en otra rama: "socialismo". No hay tal bifurcación: el "socialismo" es el "comunismo" a "sotto voce". Esto, gráficamente, podríamos verlo en una radio, cuyo volumen manejamos a capricho: el radio de cafetería, que muele el tango a grito herido y el radio de sala, que lo hace sonar en la intimidad.

Este juego no es nuevo. Lo inventó Perrault o el lobo, en La Caperucita Roja". Se trata de algo así como la metamorfosis del gusano en mariposa. Pero al revés, como en Cuba y en Chile.

Por la torpe manera de examinar el cuerpo diagnosticable, así lo vemos, sin que ello suponga en forma alguna ánimo de polemizar sobre ideas que no pasan de ser divagaciones o variaciones sobre el mismo tema, pues la verdad es que cada uno hace de su capa un sayo.

En toda la insípida campaña comercial sobre las bondades del producto puesto en venta, se han registrado aciertos, sobre todo, aquéllos que se refirieron a un quemante problema de común interés para el electorado: el costo de la vida. Han existido momentos engorrosos, con explicaciones cabalísticas; discursos elocuentes, demagogos, serenos, jugosos e interesantes: así como párrafos inconexos, palabras desvertebradas, lecturas fatigosas, como exposiciones excesivamente pesadas de una demagogia que hiere hasta el más ingenuo de los oyentes. En el transcurso de la campaña, creemos que un partido mejoró bastante sus capacidades; otro, mermó algo ante la presencia de nuevas alternativas. Es posible que uno de los mayoritarios conserve la fidelidad, va clásica y asombrosa, de sus partidarios. Lo que no se sabe, en realidad, es si su pético volumen alcanzará ahora la meta necesaria. Otro de los grandes partidos entra a la contienda luchando con factores político-históricos de cuidado. Afronta la erosión que causa el desgaste del poder ejercido; la creación de nuevas alternativas; y las circunstancias no siempre favorables de la vida ciudadana.

Cuenta además con un respetable volumen de votantes nuevos, atraídos, como es natural, por el brillo bélico del partido, fuente del carisma que tiene el "jefe máximo".

Dos oradores se destacaron con brillo, pues hicieron gala de su práctica de cátedra y parlamento, de programas y de ideales. La campaña tuvo, a lo largo de ella, hasta un poco de poesía y su poco también de imaginación.

La izquierda estuvo prudente y sólida. La figura del viejo maestro de la izquierda, respetable siempre —acusar de frívolo a un izquierdista porque tiene casa propia, y pretender que viva en una choza para cuidar la ortodoxia de su credo, es tan idiota como querer que nuestros artistas para ser buenos tengan que alcanzar la calidad de Rodin, Dalí, Goethe o Balzac— al frente del partido, le prestó mayor base a su programa mantenido en bien de la causa obrera. El lema del "socialismo" de "ir al poder", sonó un poco "a salido de lo proporcional". La reciente historia es desfavorable para declaraciones con ese cariz determinante.

El país se apresta a acudir a las urnas. En nuestras largas luchas eleccionarias, siempre el destino nos fue fiel. Así lo esperamos ahora.